

 DOCUMENTO 8

LUCAS 11: La oración escondida

Hoy en día las experiencias del tipo místico están en boga. Ya no nos sorprende para nada ver a los gurús, de las diferentes religiones orientales, convocar exitosamente a orar a sus seguidores en medio de nuestras recargadas agendas. La gente tiene sed de silencio, de contemplación, pero más que nada de desconexión.

En la era de lo prefabricado, del artificio, de la apariencia, donde lo que importa es la imagen y el contenido no existe es muy sencillo "camuflar" nuestro descompromiso con el mundo a través de una práctica espiritual aparentemente fervorosa.

Y es que esta fiebre de la espiritualidad atraviesa incluso el territorio de nuestras comunidades cristianas. Hoy existen toneladas de ofertas sobre cómo orar "efectivamente". A los cristianos ya no nos basta hablar con Dios, queremos ver "resultados". Es por eso que algunos "maestros" contemporáneos llenan hoy las librerías cristianas enseñándonos tips fundamentales acerca de cómo conseguir nuestros pedidos a través de la oración. Para ellos, lo principal es orar "específicamente" por lo que queremos, visualizarlo, confesarlo y bueno, esto dicen que nunca falla, terminar recitando uno de esos versículos bíblicos que pondrán a Dios en "jaque"; como el que aparece en Lucas 11:10: "porque todo aquel que pide, recibe...", por ejemplo.

También en los tiempos de Jesús, la opresión por la que atravesaba el pueblo de Israel lo hacía clamar fervorosamente a Dios por un cambio. Sin embargo, esta era una nación habituada a orar, con una serie de rituales históricos, significativos, en los que se recordaba la intervención de Dios. La oración formaba parte fundamental de la vida del pueblo judío. En verdad, la oración en si misma ya no tenía nada de novedoso ni tampoco era privilegio de algunos pocos, más bien era algo muy común para todos.

A pesar de ello, es sorprendente ver cómo la forma de orar de Jesús resulta provocativa para sus discípulos. Este Jesús festivo, lleno de vida, que sabe disfrutarla plenamente y que, bueno, no es precisamente un asceta como Juan; es un referente acerca de cómo orar.

Lucas no nos dice exactamente cómo es que Él oraba, lo único que señala es que Jesús estaba haciéndolo apartado del grupo y que cuando terminó uno de sus discípulos se le acercó pidiéndole que le enseñara. Obviamente la forma como Jesús lo hacía tendría que ser distinta, y muy sugerente, como para que el discípulo se haya animado a pedirle que los instruya.

Lo primero que nos llama la atención es que, a diferencia de lo que las religiones nos enseñan, este pasaje no se detiene en mostrarnos a un Jesús describiendo alguna postura especial que el cuerpo deba de tener al momento de la oración. Si no más bien, que en este texto, el Maestro está atareado en mostrar a sus discípulos cuál es el contenido de una conversación con Dios.

La primera frase de esta oración tiene que ver con la presentación de Dios. Cuando comenzamos una conversación no debemos de perder nunca de vista con quien la estamos sosteniendo. Por eso el inicio de nuestra oración trata sobre la identidad y la forma de ser de Dios.

Jesús comienza diciendo: Padre nuestro. Esta es una forma muy particular de entender la relación que podemos entablar con Dios. Una relación de amor y de cuidado que parte de Él hacia nosotros. Y como ningún padre está sujeto a la voluntad del hijo, no debemos de olvidar que además del amor,

con esta afirmación, estamos también declarando nuestro respeto a lo que Él es. Asimismo, nos resulta muy gratificante saber que, como hijos, tenemos el gran potencial de parecernos a este Padre que es toda bondad y justicia.

Señalar que Él está en los cielos, no tiene que ver con el concepto de ubicación que manejamos en nuestros días. Los cielos de los que nos habla Jesús tampoco están localizados en el mapa que Dante Alighieri elaboró en la edad media. Él se está refiriendo al cosmos, al universo que lo es todo, del cual Dios es autor y habitante omnipresente. Reconocer su presencia en los cielos, entendidos de esta manera, significa comprender su soberanía.

Cuando Jesús habla de que el nombre del Padre sea santificado, está ratificando la autenticidad y la supremacía de Dios. Santo significa "separado", entonces, santificar el nombre de Dios significa no ponerlo en la bolsa con los otros que pretendan ser dioses. Es aislarlo de cualquier tipo de comparación. Además, dentro de la cultura judía, el significado del nombre determinaba la identidad del ser, por eso "santificar" Su nombre es también preservar lo que Él es.

Que venga a nosotros su reino no deja de sorprendernos a primera vista. Y más, cuando tenemos la idea de que el reino de Dios es un lugar a donde se tiene que ir. Pedir que venga resulta entonces bastante raro, si pensamos que el reino es un espacio al que vamos los creyentes después de morir. Pero no termina siendo así, cuando leemos con atención la infinidad de parábolas y definiciones que Jesús hace sobre el reino durante su ministerio. El reino es el "reinado" de Dios y donde Dios reina se establecen relaciones de justicia y bienestar para los seres humanos y toda la creación. Es decir, no es un lugar, tampoco un espacio físico, sino una condición óptima de plenitud de vida. Ésa es su voluntad, muy buena para todos, por eso no deben de existir límites en los cuáles ella debe de ejercerse.

Hasta aquí está la presentación del personaje principal con quien dialogamos cuando oramos. La segunda parte de esta oración tiene que ver con presentarnos a nosotros mismos delante del Padre. ¡Qué diferente a la introducción que se hizo de Dios!. Primero que nada debemos de reconocer delante de Él, y de nosotros, que somos seres necesitados, con infinidad de problemas y angustias. La principal de todas ellas Jesús, que es un hombre pobre como la mayoría de los que habitamos la tierra, la conoce bien; es la angustia del hambre, nuestra necesidad de sostenernos con el alimento diario. Un pan que es nuestro, pero que nos puede ser arrebatado por el egoísmo y la avaricia que imperan en el mundo.

Sin embargo, como Jesús ya lo mencionó alguna vez en el desierto, no sólo de pan vivirá el hombre. Este necesita restaurar sus relaciones, todas sus relaciones. Jesús nos devela que esta restauración no es regalada; sólo se puede solicitar perdón si se ha aprendido a perdonar. Dios aquí es condicional. Y es que si no hemos asimilado que debemos perdonar a los otros, jamás lograremos ni siquiera imaginar y mucho menos vivir en el perdón que Dios nos ofrece. Si no hemos aprendido esta lección fundamental, difícilmente podremos ser capaces de formar parte de su reino.

No entrar en tentaciones, no equivale a un juego macabro de Dios que busca divertirse con nuestra incapacidad para sortear los estímulos pecaminosos que se nos presentan. Dios no es un tramposo. Cuando le clamamos que no nos deje caer en tentación, lo que le solicitamos es su protección para atravesar sin caer esas situaciones de degradación humana en las que transitamos todos los días. Jesús también sabe que nuestro humano deseo de autopreservación jamás molestaría al Padre; es así que, en ese mismo sentido, nos anima a pedirle que nos "libre del mal".

Hasta aquí podríamos dar por finalizada la oración. Sólo parecería que queda un amén. Sin embargo Jesús no ha terminado su enseñanza sobre cómo orar.

El texto nos cuenta que Él transforma el tono de precepto, que hasta ahora mantenía la oración, en una inmensa pregunta que la sitúa en la cotidianidad de la experiencia humana. El maestro lo hace con su característico humor y a través de la detallada descripción de una situación que podía sucederle a cualquiera de sus conciudadanos.

Se trata de la hospitalidad judía. Según esta, si alguien venía a pedir abrigo a tu casa, uno tenía que brindárselo "fuera la hora que fuera". No sólo darle un lugar sino también protegerlo; y bueno, esto implicaba incluso, darle de comer. La situación que detalla Jesús dentro de su pregunta nos habla de tres personajes: el dueño de casa, el amigo que ha llegado de lejos y el probable vecino al cual el dueño de casa va a solicitar comida a media noche. Jesús identifica al dueño de casa con aquél que está haciendo la oración. Y como no es difícil de imaginarnos, el vecino disgustado y quejoso es Dios, nuestro Padre, que aunque sea por molestar tanto, terminará abriéndonos la puerta y dándonos la provisión que le hemos solicitado. Pero ¿para quién es el pan?

Quien llega a la media noche a una casa judía no lo hace por razones frívolas. Tiene que ser alguien que ha llegado de viaje, recorriendo un camino peligroso y desolado en la oscuridad. Una persona que ha hecho esta travesía, llega agotada, llena de miedo, de polvo y de hambre. Jesús dice que era un "amigo" del dueño de casa, uno a quien él siente el deber de proteger, aun cuando no tenga recursos para sustentarse ni a si mismo.

Que un judío no tenga ni un pedazo de pan en casa, era señal de una situación de pobreza bastante dura, y no de un simple descuido en el almacenamiento de provisiones. El pan era la comida que la gente de esos tiempos consumía diariamente. El no tenerlo, significaba que este dueño de casa atravesaba una difícil situación.

Pero este hombre, aun en medio de sus propias penurias económicas, fue capaz de ver e intentar sustentar la necesidad del otro. Incluso de molestar a su vecino a media noche para pedirle alguna provisión para este viajero fatigado. Es entonces, que Jesús anima a los discípulos a ser como él cuando oren, y es en ese contexto donde surge la frase tan alentadora de "pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá...". Curiosamente no se trata de pedir para uno mismo; sino solicitar, aun en medio de una situación de escasez personal, para aquél que también lo necesita. Esta es la tercera parte de nuestra oración, y la resolutive; el saber quién es Dios y el reconocer nuestras necesidades, no basta; debemos también ocuparnos de los "otros".

Y es que la oración que nos enseñó Jesús no se limita a dialogar con Dios sobre nosotros mismos. Él sabe lo limitado que puede ser esta forma de entender la relación que sostenemos con el Padre. En eso es sumamente diferente nuestro Dios con otros, el sentido de nuestra identidad como hijos suyos no descansa sólo en la relación que sostengamos con Él, sino también en la que tenemos con los otros seres humanos, y más aun con aquellos que atraviesan necesidad. Esta es la tercera parte de la oración que ninguno hemos aprendido a recitar; en ella Jesús nos invita, a pesar de nuestra propia situación de pobreza, a preocuparnos diligentemente por las necesidades de otro ser humano fuera de nosotros mismos. La sinceridad de un pedido así, hace que Jesús ratifique que el Padre atenderá lo que le pidamos y cuando lo busquemos y llamemos; nos socorrerá.

Jesús concluye diciendo que Dios no es un político en campaña, que después de ofrecerlo todo termina dando gato por liebre. El Padre no responde a las necesidades de la gente con malas imitaciones, Él jamás contestaría una oración de forma fraudulenta. Él no es un estafador que entrega imitaciones peligrosas como respuesta de lo que pedimos para los otros. Por eso jamás dará una serpiente cuando le pidamos un pescado, ni una piedra por un pan y mucho menos un escorpión por un huevo. Dios no es un charlatán que juega con nuestra hambruna.

Es en todo este marco de orar por las necesidades de los otros, que el Señor dice que el Padre dará su Espíritu Santo a quien lo solicite. Tener el Espíritu Santo en nuestras vidas es evidenciar sus frutos, todos ellos relacionados con la convivencia; es decir, las relaciones entre los seres humanos. La promesa de que el Padre dará su Espíritu Santo a quienes se lo pedimos tiene que ver con la relación solidaria, diligente, compasiva que sostengamos con los otros. O sea que, al final "pedir por el otro" con verdadera preocupación, es una demostración de que el Espíritu Santo está en medio nuestro.

Y es que, la novedosa lección de la oración que enseñó Jesús ese día a sus discípulos fue que el orar no es solamente hablar, sino tener una actitud de vida en la que demos que el diálogo con Dios nos transforma y nos humaniza invitándonos a procurar atender con diligencia las necesidades de los otros, aún en medio de nuestra propia situación de pobreza.

Es como aquella historia que Teresa de Calcuta alguna vez contó. Ella dijo que en una ocasión, por la tarde, un hombre llegó a la casa donde vivía con las hermanas de la caridad, para contarles el caso de una familia hindú de ocho hijos. Ellos no habían comido desde hacía ya varios días. Este hombre les pidió que hicieran algo por ellos. De modo que Teresa tomó arroz y fue inmediatamente a verlos.

Ella contaba cómo brillaban los ojos de los niños a causa del hambre. Sin embargo lo primero que la madre hizo fue tomar el arroz de sus manos, dividirlos en dos partes y salir. Cuando la mujer regresó, Teresa le preguntó: qué había hecho con una de las dos raciones de arroz. Ella le respondió que había ido donde unos vecinos suyos, musulmanes, que llevaban todavía más días sin comer y añadió: "Ellos también tienen hambre".

Cuántas veces también nos hemos encontrado empobrecidos. Sin embargo lo que Dios nos pide es que seamos solidarios en medio, incluso, de las situaciones más difíciles que podamos atravesar. Porque nuestro Padre, es el promotor de la misericordia entre los seres humanos. El Dios de aquellos momentos de plenitud de amor cuando extendemos la mano al otro, como un anticipo de lo definitivo.

Documento elaborado por:
érika izquierdo paiva